

MARGARET WEIS · TRACY HICKMAN

La Reina de la Oscuridad



CRÓNICAS DE LA DRAGONLANCE · VOLUMEN 3

minotauro



LA REINA DE LA OSCURIDAD

CRÓNICAS DE LA DRAGONLANCE

III

MARGARET WEIS
Y TRACY HICKMAN

minotauro

A Ángel y Curtis, mis hijos, mi esperanza y mi vida.

Tracy Raye Hickman

Dedico este libro con todo mi afecto al Commons Bridge Group, Universidad de Missouri, 1966-1970: A Nancy Olson, Bill Fisher, Nancy Burnett, Ken Randolph, Ed Bristol, Herb, el cocinero de las frituras, a la memoria de Bob Campbell y John Stelle que murieron en Vietnam y también a los restantes miembros de aquel grupo de amigos incomparables.

Margaret Weiss

Título: *La Reina de la Oscuridad*

DUNGEONS & DRAGONS, DRAGONLANCE, sus respectivos logotipos son marcas comerciales de Wizards of the Coast LLC en EE. UU. y otros países. © 2022 Wizards of the Coast LLC. Usado con permiso. Licenciado por Hasbro.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Todos los personajes de Wizards of the Coast, los nombres de los personajes y las semejanzas distintivas de los mismos son propiedad de Wizards of the Coast LLC.

Título original: *Dragons of Spring Dawning*

Ilustración de la cubierta: Matt Stawicki

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

© Traducción: Marta Pérez

ISBN: 978-84-450-1116-4

Depósito legal: B. 5.188-2022

Impreso en UE

US, Canada,
Asia, Pacific & Latin America:
Wizards of the Coast, Inc. Way
P.O. Box 707
Renton, WA 98057-0707
+1-800-324-6496



European Headquarters:
Hasbro UK Ltd Newport,
Gwent NP9 0YH GREAT
BRITAIN

Visit our web site at www.wizards.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: www.edicionesminotauro.com

Web: www.edicionesminotauro.com

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/YouTube: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

HUIDA DE LA OSCURIDAD A LAS TINIEBLAS

El oficial del ejército de los Dragones descendió despacio la escalera del segundo piso de la posada La Brisa Salada. Era pasada la medianoche y la mayoría de los huéspedes se habían acostado. El único sonido que podía escuchar era el fragor de las olas al romper contra las rocas de la bahía Sangrienta.

Se detuvo en el rellano para lanzar una rápida y escrutadora mirada a la sala que se extendía a sus pies. Estaba ocupada únicamente por un draconiano, que yacía desplomado sobre una mesa y roncaba estrepitosamente, sumido en un sopor etílico. Las alas del hombre-dragón vibraban con cada ronquido, mientras la mesa de madera crujía y se balanceaba bajo su peso.

Los labios del oficial se retorcieron en una amarga mueca, pero siguió descendiendo. Vestía la acerada armadura de escamas de dragón que imitaba la auténtica, la que lucían los Señores de los Dragones. Un yelmo cubría su cabeza y su rostro de modo tan hermético que resultaba difícil reconocer sus rasgos. Lo único visible bajo la sombra que proyectaba el casco era una barba rojiza que ponía de manifiesto su condición de humano.

Ya al pie de la escalera se detuvo de forma brusca, al parecer perplejo ante la imagen que ofrecía el posadero aún despierto y bostezando sobre sus libros de cuentas. Tras saludarle con una leve inclinación de cabeza, se dispuso a abandonar el local sin pronunciar palabra, pero el hospedero formuló una pregunta que le impidió cumplir su propósito.

—¿Esperáis esta noche a la Señora?

El oficial hizo una pausa para girarse, aunque manteniendo el rostro apartado, y empezó a ajustarse un par de guantes. Reinaba un frío glacial, pues la ciudad de Flotsam se hallaba inmersa en una tormenta invernal tal como no la había sufrido en sus tres siglos de existencia a orillas de la bahía Sangrienta.

—¿Con este tiempo? —gruñó—. Me parece poco probable. Ni siquiera los dragones pueden surcar estos vientos huracanados.

—Cierto, la noche no invita a salir ni a hombres ni a bestias —asintió el posadero, antes de observarlo con expresión taimada y añadir—: ¿Qué asunto os hace salir, pues, a la calle en plena tempestad?

—No creo que sea asunto tuyo lo que haga o deje de hacer —respondió el oficial, lanzando una mirada poco amistosa al curioso hospedero.

—No os ofendáis, no pretendía molestaros —se apresuró a disculparse el posadero a la vez que alzaba los brazos como si esperase que lo golpeará—. Sólo quería saberlo por si la Señora del Dragón regresa y os echa de menos; de ese modo podría informarle de vuestro paradero.

—No será necesario. Le he dejado una nota... explicando mi ausencia. Además, volveré antes de que amanezca. Necesito tomar el aire, eso es todo.

—¡No lo dudo! —exclamó el posadero con una pícara sonrisa—. No habéis abandonado su alcoba durante tres días, o quizás debería decir durante tres noches. No os enfurezcáis conmigo —suplicó al ver que la ira encendía los pómulos de su interlocutor debajo del yelmo—, admiro a un hombre que, como vos, ha logrado tenerla satisfecha durante tanto tiempo. ¿Dónde ha ido?

—La Señora del Dragón ha recibido órdenes de solucionar un problema surgido en el este, cerca de Solamnia. Pero yo en tu lugar no indagaría tanto.

—¡No, no! —se excusó de nuevo el hospedero—. Por supuesto que no. En cualquier caso, os deseo una feliz velada. ¿Cómo os llamáis? Ella nos presentó, pero no oí bien vuestro nombre.

—Tanis —contestó el enigmático personaje con voz queda—. Tanis el Semielfo. Buenas noches.

Con una seca inclinación de cabeza dio un último tirón de sus guantes y, arrojándose en su capa, abrió la puerta de la posada para internarse en la tormenta. El vendaval azotó la estancia con tal violencia que apagó las velas y esparció los papeles del posadero. Durante un momento, el oficial tuvo que forcejear para sujetar la pesada puerta zarandeada por el ventarrón mientras que el hospedero lanzaba imprecaciones y trataba de recuperar los papeles desperdigados. Por fin pudo cerrarla tras él con un portazo, devolviendo a la sala la paz, el silencio y la cálida temperatura.

El posadero lo observó mientras pasaba ante el ventanal, con la cabeza gacha para protegerse del viento y la capa ondeando a su espalda.

Alguien más estaba pendiente del semielfo. En el momento en que se cerró la puerta, el draconiano aparentemente ebrio alzó la cabeza y sus negros ojos de reptil brillaron. Acto seguido se levantó de la mesa y, moviéndose con el sigilo y la estabilidad de quien está completamente sobrio, se acercó a la ventana y echó una ojeada fuera. Esperó unos segundos y después abrió a su vez la puerta y salió a la calle.

A través de la vidriera el posadero vio pasar al draconiano y alejarse en la misma dirección que el oficial del ejército de los Dragones. Se acercó a la ventana y escudriñó tras el cristal. En el exterior reinaba una gran oscuridad, ya que las llamas de la brea encendida en los fanales de hierro chisporroteaban y parpadeaban, azotadas por el viento y la lluvia. Sin embargo, al hospedero le pareció ver que el oficial se adentraba en una calleja que conducía al centro de la ciudad y que el draconiano, al amparo de las sombras, lo seguía a una distancia prudencial. El posadero sacudió la cabeza y despertó al vigilante nocturno, que dormitaba en una silla detrás del mostrador.

—Tengo el presentimiento de que la Señora del Dragón volverá esta noche, con o sin tormenta —le dijo al adormilado criado—. Despiértame si viene.

Con un estremecimiento, dirigió otra mirada hacia la inclemente noche e imaginó al oficial recorriendo las calles desiertas de Flotsam y al draconiano acechándolo al amparo de la oscuridad.

—Pensándolo mejor, déjame dormir —rectificó.

Aquella noche la tempestad había paralizado la ciudad. Las tabernas, que solían permanecer abiertas hasta que las primeras luces del día se colaban a través de los sucios cristales de las ventanas, habían atrancado las puertas y echado los postigos para protegerse del vendaval. Las calles estaban desiertas, nadie se aventuraba a exponerse a las fuertes ráfagas que podían derribar a un hombre y traspasar los ropajes más cálidos con su frío cortante.

Tanis caminaba deprisa, con la cabeza gacha, manteniéndose lo más cerca posible de los sombríos edificios que detenían la fuerza del huracán. Pronto su barba se ribeteó de escarcha, mientras el aguanieve clavaba dolorosos agujones en su rostro. El semielfo tiritaba sin cesar, maldiciendo el gélido contacto del metal de la armadura contra su piel. Volvía de vez en cuando la mirada para cerciorarse de que nadie se había tomado un inusitado interés en vigilar su partida de la posada, pero la visibilidad era casi nula. La nieve y el agua se arremolinaban en torno a él con tal virulencia que apenas vislumbraba los contornos de los altos edificios que se erguían en la penumbra, así que menos aún a un hipotético perseguidor. Pasado un rato decidió que lo mejor sería concentrarse en orientarse por la fantasmal ciudad; se sentía tan entumecido a causa del frío que dejó de preocuparle si le seguían.

Hacía pocos días que se hallaba en Flotsam, cuatro para ser exactos. Y la mayoría del tiempo lo había pasado con *ella*. Intentó apartar aquellos pensamientos de su mente mientras escudriñaba los postes indicadores de las calles a través de la lluvia. Sólo tenía una vaga noción del lugar hacia donde se dirigía; sabía que sus compañeros estaban hospedados en una posada de las afueras, lejos del puerto, de las

tabernas y burdeles. Por un momento se preguntó con desaliento qué haría si se perdía. No se atrevería a indagar sobre su paradero...

De pronto la encontró. Tras avanzar a trompicones por las desoladas calles, resbalando en el hielo, casi rompió a llorar de alivio cuando vio el cartel violentamente azotado por el viento. No recordaba el nombre, pero lo reconoció al leerlo: Los Muelles.

Pensó que era un nombre estúpido para una posada mientras temblaba tanto que apenas podía asir el picaporte. Al fin tiró de él y logró abrir; el fuerte ventarrón lo empujó al interior. No sin esfuerzo cerró la puerta.

No había vigilante nocturno en un establecimiento de baja categoría como éste pero, a la luz del humeante fuego que crepitaba en la sucia chimenea, vio un cabo de vela sobre el mostrador, destinado al parecer a los huéspedes que volvían a altas horas de la noche. Tanto le temblaban las manos que apenas podía frotar el eslabón y el pederal. Pasados los primeros segundos consiguió dar una cierta flexibilidad a sus entumecidos dedos, encendió la candela y subió la escalera iluminado por su tenue llama.

Si se hubiera vuelto para asomarse a la ventana, habría visto una figura oscura agazaparse en un portal de la acera de enfrente. Pero no lo hizo porque su atención estaba fija en la escalera.

—¡Caramon!

El fornido guerrero se incorporó como impulsado por un resorte para aferrar su espada, antes incluso de girar la cabeza y lanzar una inquisitiva mirada a su hermano.

—He oído un ruido en el pasillo —susurró Raistlin—. El repiqueteo que produce una vaina al entrechocar con la armadura.

Caramon sacudió la cabeza en un intento de despejarse, y se apresuró a levantarse del lecho con la espada empuñada. Avanzó entonces hacia la puerta con paso sigiloso, hasta que también él oyó el ruido que había interrumpido el ligero sueño de su herma-

no. Comprendió que un hombre cubierto con armadura caminaba sigilosamente por el pasillo que llevaba a las habitaciones, y el resplandor de la vela con la que se alumbraba se dibujó con total nitidez por debajo de la puerta. El tintineo se interrumpió justo delante de su alcoba.

Cerrando los dedos en torno a su empuñadura, Caramon hizo una señal a su hermano y este último se apresuró a asentir y cobijarse en la penumbra. Su mirada estaba abstraída; sin duda preparaba un encantamiento. Los gemelos trabajan bien unidos, combinando eficazmente la magia y el acero para derrotar a sus enemigos.

La llama de la vela osciló, y quedó patente que el misterioso personaje del pasillo se la cambiaba de mano a fin de tener libre la que usaba para manejar la espada. Estirando el brazo, Caramon descorrió despacio el pestillo de la puerta. Esperó unos segundos, pero no ocurrió nada. El desconocido titubeaba, preguntándose quizás si no se habría equivocado de estancia. «No tardará en comprobarlo», pensó el corpulento hombretón.

El guerrero abrió de un brusco tirón, se lanzó hacia delante, asíó a la oscura figura y la arrastró hasta el interior. Con toda la fuerza de sus robustos brazos, arrojó al suelo al individuo de la armadura. También la vela cayó, extinguiéndose su llama en la fundida cera. Raistlin empezó a entonar un hechizo mágico, que debía atrapar a su víctima en una viscosa sustancia similar a una telaraña.

—¡Deténte, Raistlin! —gritó el hombre derribado. Al reconocer la voz, Caramon sujetó a su hermano y lo sacudió para romper su concentración.

—¡Raist! ¡Es Tanis!

El mago se estremeció y salió de su trance, dejando caer sus brazos junto a los costados. Pero le asaltó un acceso de tos que lo obligó a llevarse las manos al pecho.

Caramon miró con ansiedad a su gemelo, quien le hizo un gesto negativo con la mano. Obediente, el guerrero desvió su atención hacia el semielfo y se agachó para ayudarlo a incorporarse.

—¡Tanis! —exclamó, al mismo tiempo que lo estrechaba en un fuerte abrazo que casi lo dejó sin resuello—. ¿Dónde has estado? Nos tenías muy preocupados. ¡Por todos los dioses, estás helado! Voy a azucar el fuego. Raist —añadió volviéndose hacia su hermano—, ¿seguro que te encuentras bien?

—No te preocupes por mí —susurró el mago, que se había sentado en el lecho para tratar de recobrar el ritmo normal de su respiración. Sus ojos brillaban dorados con la luz de la fogata mientras observaba cómo el semielfo se acurrucaba agradecido junto a las llamas—. Deberías avisar a los otros.

—Ahora mismo. —Caramon se encaminó hacia la puerta.

—Te aconsejo que antes te vistas —comentó Raistlin con causticidad.

Encendido el rostro en un intenso rubor, Caramon se apresuró a ponerse unos calzones de cuero. Hecho esto, deslizó una camisa por su cabeza y salió al pasillo, cerrando la puerta con suavidad. Tanis y Raistlin lo oyeron golpear con los nudillos la puerta de la pareja de las Llanuras. Respondió la adusta voz de Riverwind, seguida por la precipitada explicación del guerrero.

Tanis miró a Raistlin por el rabillo del ojo y, al ver los relojes de arena que formaban sus pupilas fijos en él con expresión inquisidora, se volvió, incómodo, hacia el fuego.

—¿Dónde has estado, semielfo? —preguntó el mago en un quedo susurro.

—Fui capturado por un Señor del Dragón —respondió Tanis tragando saliva, antes de recitar la explicación que tenía preparada—. Me tomó por uno de sus oficiales y me ordenó que lo escoltase hasta llegar junto a sus tropas, que están acampadas en los alrededores de la ciudad. Tuve que obedecerlo, de lo contrario habría sospechado. Al fin esta noche he podido escabullirme.

—Interesante —farfulló Raistlin entre toses.

—¿Qué es interesante? —le interrogó Tanis con una penetrante mirada.

—Jamás te había oído mentir, semielfo. Encuentro esta situación fascinante.

Tanis abrió la boca, pero antes de que acertase a replicar, Caramon regresó seguido por Riverwind, Goldmoon y Tika, que bostezaba, adormilada.

Goldmoon corrió hacia el recién llegado y se apresuró a abrazarlo.

—¡Amigo! —exclamó con voz entrecortada, sin dejar de estrecharlo contra sí—. Nos has tenido muy preocupados...

Riverwind estrechó la mano de Tanis, y la severa expresión de su rostro se suavizó con una sonrisa. Tiró suavemente del brazo de su esposa y la apartó del semielfo, pero sólo para ocupar su lugar.

—¡Hermano! —dijo en que-shu, el dialecto de los habitantes de las Llanuras, mientras lo apretaba contra sí—. Temíamos que te hubieran capturado, que estuvieras muerto. No sabíamos...

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Tika con curiosidad, a la vez que también ella se acercaba para dar la bienvenida a Tanis.

El semielfo lanzó a Raistlin una mirada de soslayo, pero este último se había reclinado sobre su dura almohada y tenía los ojos fijos en el techo, indiferente al parecer a la conversación.

Tras aclararse la garganta con nerviosismo, sabedor de que el mago lo escuchaba, Tanis repitió su historia. Los otros siguieron el relato con continuas muestras de interés y simpatía, formulando numerosas preguntas. ¿Quién era el Señor del Dragón? ¿Contaba con un ejército numeroso? ¿Dónde se había instalado? ¿Qué hacían los draconianos en Flotsam? ¿Acaso buscaban al grupo? ¿Cómo había escapado Tanis?

El semielfo contestó haciendo gala de una gran soltura. Al Señor del Dragón apenas lo había visto, ignoraba quién era. El ejército no era muy nutrido, y había acampado en las afueras de la ciudad. Los draconianos, en efecto, buscaban a alguien, pero no a ellos; perseguían a un hombre llamado Berem, o algo parecido.

Al mencionar este nombre, Tanis clavó una fugaz mirada en Caramon, pero el fornido guerrero no dio muestras de reconocerlo y el

semielfo suspiró aliviado. O bien no recordaba al humano que había visto remendar el velamen del *Perechon*, o bien ignoraba su identidad. En cualquier caso su actitud le tranquilizó.

Los otros asintieron, absortos en su relato. Tanis respiró, más tranquilo. En cuanto a Raistlin... En fin, poco importaba lo que el mago pudiera decir o pensar. Cualquiera de los compañeros creería antes en sus palabras que en las del hechicero, incluso si afirmara que el día era noche. Sin duda Raistlin lo sabía, y éste era el motivo por el que no intentó proyectar la sombra de la duda sobre la historia que ahora narraba. De todos modos, el semielfo se sentía avergonzado. Temía que le formularan más preguntas que habían de enfangarlo aún más en una sarta de embustes, así que bostezó y gimió aparentando un agotamiento insuperable.

Goldmoon se levantó de inmediato, con gesto apesadumbrado.

—Discúlpanos, Tanis, hemos sido egoístas contigo —dijo dulcemente—. Estás helado y exhausto y nosotros te obligamos a hablar sin dejarte descansar. Debes dormir. Mañana tenemos que levantarnos temprano para embarcar.

—¡No seas necia, Goldmoon! ¡No podemos zarpar en medio de semejante tormenta! —le chilló con malos modos Tanis.

Todos lo miraron perplejos, incluso Raistlin se incorporó en su lecho. El reproche empañó los ojos de Goldmoon, a la vez que sus rasgos se endurecían como si quisieran recordarle que nadie debía hablarle con aquel tono. Riverwind se acercó a ella con expresión turbada.

El silencio se hizo tenso, hasta que al fin Caramon se aclaró la garganta con un brusco carraspeo.

—Si no podemos irnos mañana, lo intentaremos al día siguiente —dijo en tono conciliador—. No te preocupes, Tanis, los draconianos no saldrán mientras dure el mal tiempo. Estamos a salvo.

—Lo sé, y lamento haber hablado así, Goldmoon —farfulló—. No era mi intención ofenderte. Los nervios me han jugado una mala pasada. Estoy tan agotado que no puedo pensar con claridad, así que será mejor que vaya a mi habitación y me acueste.

—El posadero se la ha alquilado a otro huésped —explicó Caramon, y se apresuró a añadir—: Pero puedes dormir aquí, Tanis, te cedo mi cama.

—No, con el suelo me basta. —Evitando la mirada de Goldmoon, el semielfo empezó a desprenderse de su armadura de escamas con los ojos fijos en los torpes movimientos de sus manos.

—Que duermas bien, amigo —dijo ella con voz queda.

Al captar la preocupación que delataban sus palabras, imaginó que intercambiaba compasivas miradas con Riverwind. El Hombre de las Llanuras apoyó la mano en su hombro para darle una afectuosa palmada, y abandonaron ambos la estancia. También Tika se fue, cerrando la puerta tras darles las buenas noches.

—Deja que te ayude —se ofreció Caramon sabedor de que Tanis, poco familiarizado con los petos de las armaduras, tenía dificultad para desabrochar las intrincadas hebillas y correas—. ¿Quieres que vaya a buscarte comida? ¿Quizás un poco de ponche?

—No —respondió Tanis cansinamente, satisfecho por liberarse al fin de la incómoda armadura. Intentó no pensar que al cabo de unas horas tendría que ponérsela otra vez, y se limitó a añadir—: Lo único que necesito es dormir.

—Acepta por lo menos mi manta —insistió Caramon, viendo que el semielfo tiritaba.

Tanis asió agradecido la manta que el otro le tendía, aunque no estaba seguro de si temblaba a causa del frío o de sus turbulentas emociones. Se acostó, arropándose en su capa y en la gruesa manta y cerró los ojos mientras trataba de respirar de un modo regular, pues sabía que Caramon, como una tierna nodriza, no se dormiría hasta asegurarse de que descansaba tranquilo. Un poco más tarde oyó cómo el guerrero se tendía en su lecho. La lumbre se había reducido a tenues resoldos, y la oscuridad invadió la estancia. Pronto Caramon empezó a roncar mientras, en la otra cama, se oía la persistente tos de Raistlin.

Cuando tuvo la total certeza de que ambos gemelos dormían, Tanis se tumbó estirado y, tras colocar las manos debajo de su cabeza, permaneció despierto con la mirada perdida en la penumbra.

Casi había amanecido cuando la Señora del Dragón llegó a La Brisa Salada. El vigilante se percató de inmediato de su iracundo humor, pues abrió la puerta con más violencia que los vientos tormentosos y lanzó una fulgurante mirada al local, como si su acogedor y caldeado ambiente le resultaran ofensivos. Parecía una prolongación del huracán que rugía en el exterior, siendo ella y no las intempestivas ráfagas la que hizo oscilar las llamas de las velas. Y también fue ella quien envolvió la sala en la negrura.

El vigilante nocturno se apresuró a ponerse de pie, atemorizado, pero los ojos de Kitiara no se dignaron mirarlo, ya que estaban observando a un draconiano que permanecía sentado junto a una mesa y que le dio a entender, mediante un destello casi imperceptible en sus negras pupilas de reptil, que algo iba mal.

Tras su espantosa máscara, los ojos de la Señora del Dragón se encogieron hasta convertirse en meras rendijas de las que emanaba una alarmante frialdad. Durante unos segundos se mantuvo inmóvil bajo el umbral, sin percibir siquiera el gélido viento que se filtraba en la posada y agitaba la capa en torno a su espalda.

—Subamos —dijo al fin, con brusquedad, al draconiano.

La criatura asintió en silencio y la siguió, produciendo crujidos con sus garras en los listones de madera.

—¿Hay algo que...? —empezó a ofrecer el vigilante, pero se interrumpió, encogiéndose ante el golpe de la puerta al cerrarse de forma violenta.

—¡No! —rugió Kitiara. Apoyando la mano en la empuñadura de su espada, pasó junto al tembloroso hombrecillo sin mirarlo y subió la escalera hacia sus habitaciones. El vigilante se hundió, tembloroso, en su silla.

La Señora del Dragón introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta para inspeccionar la estancia desde el umbral.

Estaba vacía.

El draconiano aguardaba a su espalda, tranquilo y callado. Enfurecida, Kitiara tiró violentamente de las sujeciones de su máscara.

ra y se la quitó con brusquedad, antes de lanzarla sobre el lecho y ordenar sin volver la cabeza:

—Entra y cierra la puerta.

El draconiano obedeció, tratando de actuar con suavidad para no exasperarla aún más.

Kitiara no se molestó en mirar a la criatura; sus ojos estaban prendidos en la cama revuelta.

—De modo que se ha ido. —Fue una afirmación más que una pregunta.

—Sí, Señora —respondió el draconiano con voz sibilante.

—¿Lo has seguido, tal como te encargué?

—Por supuesto, Señora. —El soldado acompañó su susurro con una inclinación de cabeza.

—¿Dónde está?

Kitiara se pasó los dedos por el cabello moreno y crespo. Aún no se había girado hacia su interlocutor, así que éste no tenía idea de las emociones que albergaba... si en realidad era capaz de sentir.

—En una posada, Señora. Se encuentra en las afueras de la ciudad y se llama Los Muelles.

—¿Con otra mujer? —Su voz delataba una tensión interior.

—No lo creo. —El draconiano trató de disimular la sonrisa que afloraba a sus labios—. Al parecer tiene unos amigos hospedados en ese lugar. Se nos había informado de la presencia de forasteros en esa posada, pero como no respondían a la descripción del Hombre de la Joya Verde no investigamos su identidad.

—¿Hay alguien vigilándolo?

—Sí, Señora. Se nos comunicará de inmediato si él o algún otro abandona el edificio.

La Señora del Dragón guardó unos instantes de silencio, y al fin se volvió. Su expresión era fría y tranquila, aunque su rostro estaba muy pálido. El draconiano se dijo que eran muchos los factores a los que podía achacarse esa palidez: el largo vuelo desde la Torre del Sumo Sacerdote, donde se rumoreaba que había sufrido una terrible derrota,

así como la inquietante aparición de la legendaria Dragonlance y la de los Orbes de los Dragones. Además, había fracasado en su búsqueda del Hombre de la Joya Verde, que tanto interesaba a la Reina de la Oscuridad y que, al parecer, había sido visto en Flotsam. La Señora del Dragón, pensó divertido el draconiano, no estaba exenta de preocupaciones. ¿Por qué le inquietaba tanto un simple individuo? Tenía un sinnúmero de amantes, en su mayoría mucho más atractivos y más ansiosos de agradarle que aquel hosco semielfo. Bakaris, por ejemplo.

—Has hecho un buen trabajo —declaró, de pronto, Kitiara irrumpiendo en las cavilaciones del draconiano. A continuación se despojó de su armadura sin el menor pudor y le despidió con un ademán despreocupado. Volvía a ser la de siempre, en apariencia—. Serás recompensado. Ahora, déjame sola.

El soldado hizo una ligera reverencia y abandonó la estancia con la cabeza gacha, aunque no se había dejado engañar por la supuesta indiferencia de la mujer. Antes de marcharse vio que la Señora del Dragón lanzaba una furtiva mirada a un pergamino que yacía sobre la mesa, y que había observado al entrar. Contenía unas frases escritas en los delicados caracteres elfos. En cuanto cerró la puerta se oyó un estrépito metálico en la alcoba, producido por una pieza de armadura al ser arrojada con fuerza contra el muro.